

Vísperas

Jornada de exaltación
de la Semana Santa leonesa

SÁBADO, 20 DE FEBRERO DE 2010
SALÓN DE ACTOS DE LOS PP. CAPUCHINOS, 19.30 H.

Presentación del cartel de Semana Santa
obra de Alejandro Cartujo

Entrega del Premio "La Horqueta"
a Diario de León

Pregón Cofrade
a cargo de Javier Casas Anel

Intervención musical
de Jorge Hernández Santos, pianista

Colaboran: MARQUETERÍA



Organiza:



www.horqueta.net

Fotografía: Jorge Revenga Diseño: Diego Chamorro Impresión Punto y Seguido Dep. Legal: LE-315-2010

PREGÓN COFRADE Vísperas 2010

PRESENTACIÓN del pregonero

POR MANUEL TOMÁS GONZÁLEZ MEDINA

Para mi es fácil recordarlo, pues nos conocimos el mismo día que me puse por primera vez debajo de unas andas, y no de unas cualquiera. Por fin tenía una almohadilla, mi sitio entre los elegidos, los braceros del Cristo de los Balderas. Eran otros tiempos, que hoy por el paso de los años ya se ven con un cierto color sepia, con guerras entre “blancas” y “negras”. Eran los tiempos de la Procesión del Pregón, de pagar la inexperiencia de pujar de los cincuenta y tantos valientes que se atrevían a meterse debajo de nuestro Cristo, que bien poco llevaba a hombros y seguía arando Ordoño con los tentemozos.

Eran los tiempos en los que un inexperto bracero, llegaba a casa con los sentidos a flor de piel hablando maravillas sobre todo lo que ocurría en torno a su Paso y de sus hermanos. Fueron pasando los años y aquel grupito de locos, rondando arriba o abajo el metro setenta, se fue consolidando en la delantera del Paso, Ana, Ángel, Rafa, Javier y alguno más, aparte del que les habla. Cada vez nos entendíamos mejor, sólo con una mirada, o un gesto, sabíamos lo que el otro sentía o que tal iba de fuerzas.

Entre nosotros, de la simpatía y la admiración surgió la amistad y aprovechábamos cualquier momento para

hablar de nuestras PAPONADAS, daba igual la época del año y las circunstancias, siempre acabábamos igual, como en la boda de nuestra prima Cristina, que al coincidir en Sábado de Pasión, pues entre la Misa y el cóctel nos largamos desde San Marcos al centro para ver la Procesión del Sacramentado.

Pero hoy no estoy aquí para hablar de esos tiempos pasados, hoy, en ésta tarde de Vísperas, tengo el placer y el honor de presentar ante todos ustedes a mi hermano, a un niño que lo parieron con túnica roja, a un papón con mayúsculas perteneciente a una estirpe de cofrades de Viernes Santos vespertinos, desde que su padre allá por los sesenta fuera uno de los colaboradores en la fundación de las Siete Palabras, os presento a un papón que desde su exilio cofrade madrileño, le sigue tomando el pulso a ésta Semana Santa con sus siempre acertadas, y porque no decirlo, nunca exentas de polémica, colaboraciones en el Siete.

Javi sigue Dando la Vara, tal y como reza su sección en la revista, y que siga así por muchos años, ya que desde el mismo nacimiento del Siete siempre ha estado ahí con un soplo de aire fresco, como esa chinita en el zapato ante la tan manida autocomplacencia que pervive en las publicaciones cofrades leonesas.

Sin más preámbulos, prepárense a disfrutar, a soñar con unas capas negras medidas al viento bajo una nube de capirotos blancos, a soñar con tardes de sol e incienso y porque los sueños, sueños son, nos atreveremos a soñar con Tres Cruces, yendo sobre los pies, al

compás de la Inmemorial.

Y prepárate tú, Javi, la hora ya ha llegado, levántate y sin parar de soñar, a golpe de horqueta, habla, que León entero espera tus Vísperas, porque tuya, y sólo tuya, es ahora la voz y la palabra, Pregonero.

PREGÓN COFRADE Vísperas 2010

POR JAVIER CASAS ANEL

Autoridades, Abades, Abadesas, Presidentes, Mayordomo, Hermanos Mayores y Maestro de las Cofradías y Hermandades Penitenciales de León.

Amigos y Amigas, Hermanos y Hermanas de las distintas congregaciones, papones de León...

Muchas gracias por su presencia esta noche. Y muchas gracias a vosotros, braceros de la Horqueta, que habéis confiado en que mi palabra, quisiera que brillante, sea pregón y confidencia de enamorado, anticipo de esa Semana Mayor, que ya está a la vuelta de la esquina, como la Morenica abandonando su camerino.

He de confesarles que estoy nervioso. Que me avergüenza presentarme ante ustedes, yo, que no soy nadie en esto de la cátedra cofradiera, con el único vestido de un pregón mal dibujado, escrito a borbotones, en los trayectos de Metro, en las esperas y en las horas de vigilia, siempre con la misma obsesión y la misma letra repicando machacona en mi cabeza:

La "p" de Pasión, de papón, de poeta, de pregonero... ¡la p de pecador! y de primavera, de pureza, de pena nazarena.

La "p" de las siete palabras. Y del Padre

Isla, donde, de padre papón y madre valiente, me parieron hace casi cuarenta años. Nací leonés, porque no podía ser de otro modo. Y nací papón, que es la mejor forma, quizá la única, de ser leonés.

Para quienes no me conozcan soy... un papón... a veces bracero y siempre de acera, simplemente un papón, que se emociona con siete momentos, con siete estaciones de penitencia, con siete retablos barrocos que avanzan despacio por las callejuelas de mi León cofrade.

¡va por ustedes!

Primera estación: en la que **Jesús, el Nazareno, es condenado a muerte** y yo, que soy un frívolo, me quedo indiferente, y casi esbozo una sonrisa y sigo a lo mío. Que no me importa, Señor, que te condenen, que no va conmigo, que me quedo aquí dándole a la limonada, que los condenados, los excluidos, los maltratados... ya tienen sus *oenegés* y sus subsidios y sus consuelos.

Que yo soy papón, y nazareno, vedette cofradiera engominada, abad promiscuo, bracero ateo, músico idólatra, papón que no se entera de nada... que te van a dar muerte, Dios mío, y yo, mientras tanto,

desnudo por dentro.

*Pero, ahora...
¡escucha, hermano!
¡Levántate!
porque es hora de darle a la memoria
su momento de asueto.
De echarla a volar al cielo,
al cielo con ella, papón,
forastero,
de darle unos minutos de arrebató,
de no atarla,
de librarla de la continencia
y dejarle que sueñe y se explaye
y nos hable en confidencia,
despacito y llorando,
como lloran los clarines
al pasar por el Grano.*

*Levántate
porque ya asoma su carita la Virgen
del Mercado,
pequeña y galana, como mi Santina
de Covadonga.
Mirad y ved si hay dolor como el
suyo,
Señora de madera
preciosa,
Madre Dolorosa
madera suave, que me entregas
aromas maríneros,
de mi playón de San Lorenzo,
de mi Gijón poeta,
del mar de Galilea,
y de esos doce, uno traidor y*

*cobardes el resto,
que huyen cuando condenan a
muerte
a su Maestro y callan, disimulan, se
esconden.*

-Era un sedicioso- le acusan-. Un radical,
un extremista, un ultra.

*Dobla la esquina la Virgen pequeña,
con su carita triste.
Ya bendice a su pueblo,
leonés, lánguido, que abarrota
Carbajalas
y El Grano.
Madre del Amor Hermoso, alma
traspasada
del Dolor más inhumano,
¿quién se lo llevó, dulce hermosura?
¿dónde he de buscarlo?
En tus brazos de Madre rota,
en tu talla sobria, en tu manto de
estrellas
que anticipan el cielo,
en este pregón de tímida primavera
que no brota porque en León el
invierno,
como la muerte,
llegaron para quedarse.*

Andan despacito tus braceros, quitándole a
la calle la pereza de los siglos con sus
suelas, que son como oraciones.

Ras-ras, ras-ras.

Y entonces aparece el figura, el pedante, el tipo del *walkie* que le arranca a la noche el barniz solemne con que el amor bendijo esta tierra.

Y, también entonces, se obra el milagro del Viernes de Dolor, donde hasta el incrédulo, el borracho, el indigente, se siente un desecho ante esa elegancia al andar, que muy suave te mece, y embellece tu tristeza infinita.

Dobla la calle Teatro mi Virgen Morena. Y León no se entera, que ya es primavera.

Segunda Estación: en la que Nuestro Padre Jesús de la Esperanza carga con su Cruz, pesada como el bronce, y yo, que soy un pusilánime, no soporto siquiera mis crucecitas, que son nada comparadas con las miserias de esta tierra ofuscada en destruirse. Miserias de un papón pobre, de un papón tonto, que le dejo junto al manto bordado de noche a una Virgen de los Reyes ausente,

a mi Reina,
a mi Virgen leonesa,
a mi Madre doliente de mirada ida.

Me quedo triste pensando en aquella tarde de lluvia. Ha caído incesante durante todo el sábado, pero la muchedumbre se agolpa en Santo Martino con la esperanza ciega de ver a su Señor en la calle. El cielo es un clamor de derrotas y frustraciones.

-Hoy no sale -dice el que tengo delante.

-Así no, así no debería salir-.

Pateo contra el suelo buscando recuperar algo de calor y me acurruco del brazo de mi esposa, que sostiene el paraguas. La lluvia es intensa y terca, pero tengo la certeza de que Ella no quiere quedarse encerrada.

Arranca el Señor de la Esperanza, con su pasito costalero. Arrecia la lluvia, empeñada en sembrar la plaza de desconsuelos. Pero el palio está decidido a secarle las lágrimas a la Madre triste, Virgen de los que esperan, Reina de los olvidados, de los que llevan la fe colgada de los párpados.

-Van a tener que dar la vuelta- vuelve a decir el de antes.

Pero las braceras perseveran y le piden al santo sevillano que interceda y que pare esa furia que pretende arruinar su estación de penitencia. Al fin dice algo el capataz, o el Seise, o como ustedes lo llamen. Y al son de un aguacero que repica aún con más fuerza que los tambores de su Banda, se asoma el palio y la lluvia fría acaricia la cara doliente de la Virgen de los Reyes. Y es ahora cuando lo recuerdo: la figura *daliniana* del artista que, envuelto en la capa, le tira besos, ¡guapa, guapa! "¡Cerrad los paraguas!" ¡Que sólo la Reina se luzca!. Y el techo multicolor que nos protege, lentamente se abre, y nos deja la noche al raso, empapándonos de esperanzas y recuerdos, mientras suena "Macarena" y el palio chorrea lágrimas, sólo por unos minutos deliciosamente sublimes, antes de que la tozuda realidad la encierre en su casa, quizá para siempre...

Arranca el Señor con su
paso isidoriano,
sobre los hombros
desnudos
y las manos agrietadas por la
oración.
Y me vuelvo nazareno y gitano,
y sevillano y macareno,
y a ratos bulla y a ratos silencio,
porque sale ese pedazo de Sevilla
por la calle Sacramento
y por Pureza va bailarina
la Virgen de la Esperanza
y si no le dicen saetas,
ni las monjas le cantan,
ni le lloran desde las rejas
es porque a la vera de la Torre
todas las gargantas que bravas
pedían a gritos que mataran al
maestro
se vuelven ahora cobardes y se
callan,
quizá por respeto,
tal vez por devoción o por miedo,
porque asoma tras el Arco
el Palio del Sacramento,
Hostia inmaculada en las manos
puras
de una Virgen pálida y serena,
melchorianamente imposible,
bella, dulce, un poco gitana
pero siempre Señora,
Señora de San Gonzalo
y de Triana,
Madre del desamparo, Reina de todas

*las reinas
que bendices con tu pura mirada
a esta ingrata ciudad que te
destierra...
pues ya no es lo mismo sin Ella.*

Tercera Estación: en el que el
Señor del Dainos cae al suelo
y yo, que soy un cobarde, no me
atrevo siquiera a levantarlo.

Caes, Señor, y no te consuelo. Caigo, y
me quedo postrado, con el miedo de un
niño que no se atreve a levantarse por
temor a volver a caer.

Ahora comienzo. Luego; después,
mañana. Mañana te abro, hermosura
soberana.

De San Francisco a Santa Cruz te espero
cada tarde de Ramos.

Vienes molido por los golpes, y por las
traiciones más tontas, que son las que más
duelen.

Daría grima sólo mirarte si no fuera por la
piedad y el respeto de quien te hizo, ido,
ausente, sereno semblante que se abraza
a la Cruz con la suavidad de una madre que
arulla a su hijo.

Es la primera de tus caídas, genuflexión
redentora camino de la Muerte, Nazareno
leonés que detienes con tu andar sereno
la tarde de tu entrada triunfal, y me dejas

en silencio, con la promesa en los labios y el rosario en los dedos, desgranando avemarías que se destilan con la bulla de los bares.

Dainos, Señor, buena muerte, por tu sagrado holocausto, a los que de bruces caemos, no tres, sino cientos de veces, miles de traiciones injustas, de indiferencias ante el dolor de los pobres, de reproches, de omisiones, de cobardes silencios.

Dame, pese a todo, buena muerte aunque no detenga a ese borracho que le rompe la cara a su mujer, porque dice que la quiere;

aunque disimule cuando exploten a ese inmigrante sin papeles,

aunque huya ante ese "colgao" que se muere como un perro,

aunque me quede tumbado en la playa mientras llegan las pateras deshidratadas de sueños,

aunque calle ante el exterminio silencioso de millones de niños deformes, bobos, inoportunos;

y cuando a eso le llame progreso, que hay que ser canalla, para llenarme la boca de tu Nombre dulcísimo y tragarme la injusticia a sorbos cortos, como el orujo cutre de Genaro.

Daría grima sólo con verte, Padre Nazareno, si no fuera por la dulzura de tu mirada perdida, hincada la rodilla en la tierra

estéril de quienes te siguen llorando luminarias, mientras te derrumbas sobre los hombros blandos de tus braceros, que te bajan Castañones con la delicadeza de los Reyes.

*Y tu inmenso Poder
ahora eclipsado
por los bofetones
y los salivazos
y los flagelos,
se convierte en desecho
y despojo,
dulce Dios de la buena muerte,
que te alejas por la calle Nueva
camino de la catedral inmensa del
dolor más inhumano
y te desplomas exhausto sin que yo,
que soy un cobarde,
te eche una mano,
y te levante
y te acompañe
en esta amarga calle de mi León
nazareno.*

Cuarta Estación, en el que la Bendita Madre de las Angustias suaviza el dolor infinito del Nazareno y yo que, soy un egoísta, no la consuelo y me quedo ensimismado, viéndola mecerse con el ritmo lento de los siglos, por la calle Nueva, y por la Ancha y por la Rúa, Virgen pequeña de brazos abiertos y piel blanca como la luna en el Huerto de los Olivos.

*Viene la Virgen de las Angustias con
la muerte, que es Vida,
en su regazo,
para darle consuelo a Jesús,
a Jesús el Nazareno,
el del dulce nombre,
el del Viernes Santo,
el Señor de Santa Nonia,
el del Gran Poder, el del Silencio,
"Er Manué" de los Gitanos.*

Ahí viene el Nazareno, y trae prendido en su túnica bordada, los recuerdos de esa tarde, en la que abriéndome a la vida, fui papón por vez primera, fui papón y bálsamo y bracero, y niño curioso que desde la acera sigue el largo cortejo que pregona que la primavera, aunque terca y retrasada, ya empieza a brotar en la huerta que hay detrás de la casa de mi madre.

La procesión del Pregón, la de las siete hermandades, la de largas filas de papones que escoltan unánimes la soledad del Nazareno de León casi al final de la estación de penitencia es la que ocupa lugar en mi memoria de papón niño, de papón temeroso e inseguro. Suena tonto ahora, pero arribar a Santa Nonia con mi túnica de terciopelo era como presentarse vestido de bético en un partido del Sevilla, como equivocarse de lugar o de hora, incluso de siglo. Llegábamos solos, treinta o cuarenta, y solos nos íbamos. No había papones que engrosaran las filas, ni música que acompañara a un paso que tampoco procesionaba, ni enseres, ni acólitos...

Así aprendí a ser papón.

Así me hice papón a mí mismo, a falta de un padre que no pudo enseñarme el significado de la palabra cofrade, porque de él no tuve tiempo, siquiera, de despedirme.

Rescato ahora su figura borrosa, y descubro con agradecimiento que es suya toda mi pasión papona, y mi corazón indiviso, entero, sólo para las Siete Palabras. Y eso que el exilio y el tiempo, y la vanidad de muchos que llegaron detrás, o que huyeron para volver después por unos momentos de gloria en la representación, le liman a uno el integrismo de tal manera que llega a pensar "esto ya no es lo mío".

Pero la procesión del Pregón, la auténtica, la que durante décadas no gozó con la presencia de los sagrados titulares, fue deformándose hasta convertirse en un amago burdo de procesión general, posteriormente *jibarizada* en un desfile de pendonetas, que vino a dar la razón a aquellos que defendían que, en León, de liturgias y solemnidades solo saben los curas, y algunos ni eso, que hay que ver lo solemne que quedan la furgoneta y el iPod en el cortejo del Corpus.

Dirán ustedes que me volvió pesimista el desencanto, pero nada más lejos de la realidad. Porque frente a tanto cutrerío, cobran aún más sentido los escasos momentos sublimes de nuestra Semana Santa y este es, sin duda, uno de ellos.

Viene la Angustia con el ritmo lento de los siglos, por la calle Nueva, y por la Ancha y por la Rúa, Virgen pequeña de brazos abiertos y mejillas rosadas, regalando lágrimas a su Hijo que yace muerto en sus brazos.

*Y yo, que soy niño tonto,
no bajo la voz y me callo,
apenas unos minutos,
y me espero a que pase la Virgen,
y luego el Nazareno,
y después la Piedad de Carmona,
y a que sea de noche y aparezca una
estrella
sublime en el cielo y que hable a los
siglos del hombre
y pregone que todo consuelo es
miseria
para la Reina y Señora
que le coge las manos llagadas
a Jesús Nazareno.*

Quinta Estación, en la que Simón el de Cirene ayuda con la Cruz pesada y rota de mi Cristo de los Balderas, Señor de San

Marcelo y de León y de aquellos devotos que van arrancándole al silencio de la noche jirones de sacrificios y de oraciones que son como manantiales de vidas nuevas.

Y yo, que tengo sueño, no puedo preguntarte qué necesitas, absorto en mis

obsesiones, en mis cositas de niño afeminado.

*Es tanto el silencio esta madrugada
que no quiero, Dios mío, escucharme.
No se oye nada en Hospicio
porque nadie hay ya en la calle
y aún así busco la bulla,
el jaleo en los bares,
para no verte de frente,
para no verte de cerca,
con el labio partido
y rota la ceja
y las rodillas abiertas,
y en la boca un aliento de muerte,
que es Vida.
Para no mirarte a los ojos
de limpia mirada,
ni a tu espalda molida,
ni a tus manos clavadas
a esa bendita Cruz que dobla a tus
braceros
que penosamente te mecen
camino de Carbajalas.*

No se oye nada en Hospicio, porque nadie te espera. Ni en Escorial, ni en El Grano. Solo una monja de alabastro que se queda parada tras la reja del convento para lanzarte besos que suavizan tus llagas podridas.

Yo las he visto, lo juro, con los dedos hambrientos de Dios entre la celosía tupida de los ventanucos y los ojos brillantes

como lunas de abril, cantando saetas que se traga el silencio del claustro.

De vuelta en la Rúa van los cofrades sembrando la calle con jaculatorias de cera que son como coplas de almas delicadas.

Y entonces, antes de que se rompa la *madrugá*, y se cuelen por San Marcelo el Silencio, y el Gran Poder, y el Calvario, y la Virgen Macarena y el palio de Triana, es cuando me paro un segundo infinito y te miro y te digo al oído:

*aquí tienes a uno, Señor, dispuesto a llevarla,
un Simón de Cirene,
un bracero valiente,
un papón de León,
que no se dobla, ni se hunde, ni se derrumba
porque puja al Varón de dolores,
o a Su Madre doliente, que es la Amargura.*

Sexta estación, en la que Cristo vierte su Sangre Preciosa en el cáliz de la salvación y yo, que soy un mundano, no acierto a beber del misterio sublime de un Dios que se hace migaja y se abaja obediente hasta la muerte escandalosa en una cruz de madera.

Me pierdo en el bullicio de este atardecer de soles oblicuos, donde cualquier

estación de penitencia es un simulacro y todo es nada comparado con una ciudad sembrada de monumentos, donde las mujeres de mantilla y los hombres sobrios entran y salen de las iglesias y las capillas, siseando comuniones y masticando al mismo Dios, bondadoso pelícano.

Abrumado por la grandeza de la noche que ya asoma por la Catedral, me dejo evadir por la banda sonora de este último tramo de Cristo hacia el culmen de los tiempos. Es posible que haya llorado en más de una ocasión, cuando bajan por la Ancha, o pasan por Diputación, ya de regreso, con sus metales gitanos y su cadencia lenta, como queriendo detener la noche y no dejar que se escapen las horas y no tenga que volver la Cena a recogerse al amparo de la Virgen Blanca. Vienen encadenando marchas, que son como saetas, y caminando van por tientos, con el paso arriba, suavcito y muy lento. "Al Cristo de los Faroles", y "Puente de San Bernardo" y "Sol en las penas", enmarcando a lo lejos la soberbia figura del Maestro que con sus manos se da como alimento a Pedro, que ha de negarlo, y al tibio, y al incrédulo Tomás, y a los miles que se agolpan en las aceras para ver pasar a la Cena en su pedestal de plata.

A veces, cuando la morriña cofrade me invade, cierro los ojos y la imagino acompañando a mi Cristo de las Tres Cruces, con andares costaleros, y un capataz timonel que lo guía con la voz rota por la emoción, "todos por igual, valientes", "venga con Él, de frente". Y suena "Alma de Dios" y "La Saeta" y "Al compás de la Laguna". Y me pregunto cómo es posible

que hayamos estado tantos años, tanto tiempo, convencidos de que nuestra Semana Santa sólo se merecía cuatro *chiríos* de cometa y un plantel de bandas, voluntariosas, sí, pero desafinadas. Yo fui cometa y lo sé. Sé que nuestra devoción cofrade es fruto de un amor tal que no escatimó en nada para hacer que la contemplación de lo bello fuera una forma de orar. Y la música, como las tallas o los bordados, no puede estar hecha de retales, ni de una balanza de compromisos o un intercambio de saludas coleccionables.

Dios mío de mi alma, cómo me gusta este momento. Cómo me gusta esta noche de bulla, en la que por una calle se asoma la Virgen Santísima del Dulce Nombre, y en la otra se escucha una banda y más allá el Cristo de las Injurias sale de Santa Marina, y corres, más capillita que nunca, al encuentro de una y de otra, y entre medias una visita en las clarisas o en San Martín, y un judío en la Rúa o donde Marquitos, y no hay apenas sitio en los bares, ni en las aceras, ni en los balcones engalanados. Y en el ambiente pende la espera tensa de quien sabe que esta es la noche de la traición, y del proceso y del beso amargo de Judas, que anticipa el drama incomparable del Viernes de Pasión, cuando el mundo se pare y se haga el silencio en las gargantas embravecidas de los que a gritos pedimos que suelten a Barrabás o a Genarín...

A lo lejos escucho una marcha, cuando ya la luna se cuelga de la noche más corta.

Es "Oración en el Huerto", que se pierde

entre el eco de una ciudad que se retrata en la miseria de una bronca apestosa de orujos y vómitos.

*Ya llega el apóstata a besar
al Maestro en el Huerto de los Olivos.
Ya repica el tambor destemplado,
y la esquila
y el metal frío
en la noche quebrada.
¡Levantaos, hermanitos de Jesús, que
ya es hora!
Ya la aurora,
se escucha el llamador del primer
paso
y León se levanta y se agita
¡ya es Viernes Santo!*

Séptima Estación, en la que tiene su cima la Pasión leonesa y se muere mi Señor de León, mi Cristo de los Balderas, el de San Marcelo y el del Mercado y el de Santa Nonia...

Y yo, que soy leonés y papón y bracero, te subo a mi hombro y te llevo y me agoto teniéndote arriba, mientras suena la banda y te toca una marcha, bálsamo suave que limpias la herida de su costado divino del que mana la sangre y el agua que borra el pecado del hombre y al hombre reconcilia con la Creación entera.

Se levanta León cuando ya Cristo camina por la vía del dolor,

Oración en el Huerto que bajas Hospicio a golpe de horqueta, con los braceros rotos de sueño y la música dormida.

Pocos salen a verte cuando pasas por Escorial y cuando doblas la esquina de Carbajalas envuelto en un murmullo de quejas.

Por Castañones viene el Prendimiento rozando los balcones vacíos y los hombros de seda de los papones deslizan el beso de Judas como si fuera un reproche, y más a lo lejos, por la calle Nueva y por Santa Cruz, caminan con pena las manolas de ojos tristes que acompañan, masticando desagravios, al Señor de la columna, mientras se escuchan los golpes que rompen de cuajo su espalda inmaculada, y las burlas de los sayones que lo coronan de espinas.

*¡Este es el Hombre! exclama Pilato.
He aquí al Hombre, al Rey de la
clámide púrpura,
que dobla la calle Convento buscando
un respiro,
un sorbo de agua,
un amigo,
que seque su rostro
y con cariño lo trate, y lo cuide y lo
meza
con mucha medida,
con el paso cortito,
sin apenas moverlo,
con el paso muy corto
de izquierda a derecha,
a golpe de horqueta*

*o a ritmo de banda,
con mucho sentir,
con sentir de bracero
que lleva en sus hombros
a Jesús Nazareno,
el del Dulce Nombre,
el de los negros,
que viene despacio
por Sacramento,
con su trono dorado,
con su Cireneo,
con la túnica bordada de terciopelo,
con su cruz de madera
que nos abre las puertas del cielo.*

*Y, luego... la Madre,
rompiendo la aurora con su palio
brocado
y con su manto de luz y sus varaes de
plata
y el pedestal de piedras preciosas
como su cara lozana.
Luego viene la Madre, la Estrella,
que avanza despacio entre el gentío
que abarrota la mañana de Viernes
Santo,
y la lleva en volandas al Cielo,
¡al cielo con Ella, valientes!,
con la Reina de los Ángeles,
con la Virgen nazarena,
con la Pena Bonita,
con la Virgen Dolorosa
que tu eres, Señora, la rosa
de toda la procesión.*

Cuando llega a San Marcelo ya solo queda un suspiro. Siete palabras de aliento y el terciopelo encendido de mi corazón cofrade.

Nada hay en tu rostro que agrade, mi Señor de la Agonía.

Te han clavado ya al madero, te han cosido a martillazos, y Tu les perdonas.

Y te exhibimos, casi desnudo, como un estandarte, con el rostro cubierto de blasfemias y en la mejilla una nueva bofetada.

Te han clavado entre dos malhechores: uno obstinado en su suplicio, que es muerte, y el otro, que sabe que el juicio está cerca, se humilla y te implora el perdón y Tu le condonas su suerte.

A los pies de tu Cruz está Ella... con ese muchacho atrevido, que puso su cara en tu pecho..

*Y ahora que todo está hecho,
que ya has apurado tu cáliz
y el astro cede en el cielo
su sitio a la luna de Pascua
se abren la puertas del templo
y la tarde se rasga
y se hace del todo el silencio
y el mundo se para,
y sale a la calle el Señor
de las Siete Palabras,
y siento tu peso, Dios mío,
sobre mi hombro y mi alma*

*y lloro por dentro y por fuera,
mientras te toca la banda
"Al Cristo de los Balderas".*

*Y la madera se ablanda
y el terciopelo se encoge
y se me para el sentido.*

*Y arranco con el izquierdo
y en el derecho me llevan
pues va como un barco flotando
sobre la mar de esta tierra,
que a falta de Madrugás
y chicotás trianeras,
a pasos cortos raseando
va mi Señor de León
llenando de poderío
la tarde de Viernes Santo,
y me hago holocausto contigo
hasta perder el aliento,
que yo no me doblo, Dios mío,
que ya no te pierdo,
que no hay nada más en el mundo
que este anticipo del Cielo...*

*Ya es primavera en León, ya es
primavera,
ya se suaviza el dolor y se disipa la
pena...
yo soy cofrade, papón leonés...*

que sea, hermano, enhorabuena.

EPÍLOGO

Acabo de preparar este Pregón Cofrade para su publicación on-line cuando ya se han apagado los recuerdos de la Semana Santa 2010.

Si pudiera definirla con una sola palabra (cosa harto complicado cuando describir apenas siete momentos me ha llevado 15 folios) esa sería desilusión.

El agua arruinó nuestra salida.

Y las insidias, la bajeza moral de muchos a uno y otro lado, el desconocimiento profundo y absoluto de nuestra historia como penitencial, han acabado por arruinar nuestro espíritu de hermandad.

Me quedo con esta imagen: la del Buen Ladrón de mi paso de las Tres Cruces recortándose contra un cielo que ya amenaza lluvia a punto de abandonar la capa en la tarde de Viernes Santo.

No pudo ser...



MADRID, 22 DE ABRIL DE 2010. SAN RAUL, ABAD... ¡tiene gracia!